



CUANDO QUITAMOS A DIOS DEL GOBIERNO, SIGUE EL JUICIO

Hitler no impidió que el pueblo fuera a la iglesia. Él se bautizó siendo católico y había abandonado desde hacía mucho tiempo su fe, pero no le preocupaba que otros siguieran yendo a la iglesia en tanto que eso no afectara la manera en que vivían o los valores que sostenían. Es más, explícitamente dijo que no interferiría con las doctrinas específicas de la iglesia, en tanto que ahí se enseñaran las cosas que estaban en consonancia con lo bueno de la gente alemana. A eso le llamaba el “cristianismo positivo”.

Por supuesto que él sabía que enfrentaría cierta oposición de quienes no estaban de acuerdo con su visión de un cristianismo inofensivo. Pero creía que podía desmenuzar cualquier oposición que enfrentara —y en efecto fue lo que hizo— por medio de la intimidación y el control de sus salarios. (Ya que Alemania cuenta con una iglesia de estado, los pastores dependen de la buena voluntad del gobierno para sus ingresos). Hitler ridiculizaba a los pastores protestantes

diciendo que eran perros asustadizos que se alinearon con él para seguir recibiendo sus “miseros salarios”.

Así que, desde el principio, Hitler buscó marginar a la iglesia para garantizar que no se permitiera influencia cristiana alguna que afectara las políticas de su gobierno. La adoración debía ser un asunto privado entre el hombre y su Dios; a toda costa, la política oficial del estado estaría basada en los principios humanistas para darle a Hitler la libertad de hacer lo que era “mejor” para Alemania. Él dijo que las iglesias debían tener “prohibido interferir con los asuntos de este mundo”. *El estado debía estar escrupulosamente limpio de cualquier convicción y valor cristiano.*

Puesto que los alemanes habían celebrado la Navidad y la Pascua por varios siglos, Hitler tuvo que reinterpretar su significado. La Navidad se convirtió en un festival completamente pagano. Es más, al menos para las tropas de la SS, se cambió la fecha al 21 de diciembre, la fecha del solsticio de invierno. Se erradicaron las oraciones en las escuelas y se prohibieron los cantos y obras navideñas en ellas; y en 1938 hasta se cambió el nombre *Navidad por el de Yuletide*. Se eliminaron los crucifijos de las aulas. La Pascua se convirtió en un día que anunciaba la llegada de la primavera. Si se toleraba la religión, debía estar secularizada para que fuera compatible con el compromiso del estado de buscar el mayor bien para una Alemania renovada. La mayoría de

las iglesias se inclinaron ante las corrientes culturales y se alinearon con el “cristianismo positivo” que estaba en consonancia con las políticas del gobierno.

Por supuesto que las intenciones reales de Hitler no se revelaron de inmediato. Muy poco después de haber sido nombrado canciller, le rindió tributo al cristianismo diciendo que era un “elemento esencial para salvaguardar el alma del pueblo alemán” y prometió respetar los derechos de las iglesias. Declaró que tenía el deseo de tener “una relación pacífica entre la iglesia y el estado”.¹ Expresó sus intenciones de mejorar su relación con el Papa Pío XII. También distribuyó una foto de sí mismo saliendo de la puerta de una iglesia para demostrar su simpatía religiosa.

Estaba dispuesto a dar libertad a las iglesias, y añadió: “en tanto que no hagan nada subversivo contra el Estado”. Claro que detrás de esa promesa se encontraba su propia definición de lo que podría ser subversivo. Pero esa promesa cautelosa, junto con el concordato que hizo con el Vaticano fueron bien acogidos, porque parecía garantizar la libertad de la Iglesia católica.

El artículo 24 de las reglas de su partido demandaba “libertad para todas las denominaciones religiosas en el Estado en tanto que no fueran un peligro... para los sentimientos morales de la raza alemana”. Hitler habló con aprobación de

su “cristianismo positivo”, el cual iba a contribuir a la lucha alemana. Se ganó la buena voluntad como aparente conciliador. A las iglesias les gustaba su amplio uso de los términos *libertad* y *tolerancia*. Les aseguró que estaba haciendo lo que era mejor para Alemania. Por supuesto, lo que era “mejor” estaba definido por él mismo y no por las iglesias, ni por la Biblia, ni siquiera por la ley natural.

Los alemanes se acostumbraron a la doctrina de las “dos esferas” que se interpretaba como que Cristo es el Señor de la iglesia, pero el Káiser (o César) es de alguna manera el señor sobre la esfera política. La sumisión a la esfera política era un deber tan alto y honroso como la sumisión a Dios. Es más, la sumisión a Dios se demostraba de la mejor manera sometién dose al Estado.

Dentro de la iglesia luterana había un fuerte movimiento pietista que abogaba por un regreso a la piedad bíblica y a la adoración a Dios dentro del corazón. En su mayoría, esas personas se oponían a la erudición bíblica (especialmente del tipo liberal) y se salieron de todo debate teológico intelectual en Alemania. Daban testimonio de la gracia salvífica de Cristo, pero creían que la misión de la iglesia solamente era predicar a Cristo.

El pietismo ponía énfasis en la devoción personal a Cristo y se utilizó para inyectar vida espiritual a la rama principal de

la iglesia luterana. Pero puesto que insistían en que la fe era un asunto privado y no debería llevarse a la esfera política, el pietismo tuvo escasa influencia para contrarrestar la ola nazi.

Así que aquellos que, con un sentido del deber, toleraban los excesos del régimen nazi, pero seguían estudiando la Biblia para mantener un corazón cálido, deben ser reconocidos porque acertaron solo a medias. Ciertamente fueron mucho más efectivos que los que dejaron por completo el estudio de la Biblia y apoyaron con entusiasmo al régimen. Esos cristianos piadosos pensaban que, si dejaban solo a Hitler, él los dejaría a ellos en paz. Pero descubrieron que eso no era posible. Hitler también los presionó para que adoctrinaran a sus hijos en las escuelas estatales y debido a la presión cultural, sus iglesias no equiparon a sus miembros para levantarse contra los abusos que se estaban cometiendo a su alrededor.

Utilizando a la iglesia

Antes de que Hitler decidiera destruir a la iglesia, optó por hacer la paz con ella y utilizarla para sus propios fines. El 21 de marzo de 1933 orquestó un espectáculo impresionante para la apertura de la nueva sesión del Reichstag (el parlamento alemán) en la Iglesia Garrison de Potsdam. Con toda pompa y ceremonia buscó asegurarle a la nación que seguiría un camino conservador y que buscaría la armonía con las iglesias. Dos días después de la ceremonia, el Reichstag

pasó la así llamada Ley de Permiso en la que el poder del Reichstag quedó reducido a ser el comunicador social del partido. La mayoría necesaria para aprobar el proyecto de ley se aseguró por medio del arresto de algunos de los miembros de oposición del parlamento y amenazando a otros. Para el mes de julio Hitler ya había proclamado que el único partido válido en Alemania era el nazi.

A pesar de haber tenido un principio conciliatorio, Hitler trataría de destruir por completo a la iglesia. En última instancia, lo que quería era transformar a la iglesia de tal manera que fuera erradicado cualquier vestigio del cristianismo. No había suficiente espacio en los templos para la cruz y la esvástica. Él mismo dijo que “un dios debía dominar al otro”. Dada la debilidad de la iglesia, su meta parecía alcanzable, aunque no sería tan fácil como lo había pensado.

Niemoller conoce a Hitler

Martin Niemöller y Dietrich Bonhoeffer (vamos a conocer mejor a estos dos hombres en mayor detalle más adelante en este libro) se reunieron para oponerse a la intrusión de Hitler en los asuntos de la iglesia. Cuando Hitler escuchó que podría haber una división en la iglesia porque algunos pastores se oponían a su agenda, el 25 de enero de 1934 convocó a los líderes de las iglesias a una conferencia personal a la cual invitó a Niemoeller. Niemoeller y otros miembros del clero pasaron frente a los guardias de la SS hacia la cancille-

ría del Reich en Berlín y pronto se encontraron en el estudio de Hitler.

Hitler comenzó a reprochar a sus invitados, lanzando una diatriba en cuanto a que se le había malinterpretado. Dijo que lo único que le interesaba era la “paz”. La “paz entre la iglesia y el Estado”. Los acusó de obstaculizarlo y de sabotear sus esfuerzos por lograrla.

**“Ustedes quédense confinados
A la iglesia. Yo me encargo
Del pueblo alemán”.**

—*HITLER*

Niemoeller esperaba una oportunidad para hablar y en cuanto la tuvo, explicó que su único objetivo era el bienestar de la Iglesia, el Estado y el pueblo alemán. Hitler escuchó en silencio y luego dijo: “ustedes quédense confinados a la iglesia. Yo me encargo del pueblo alemán”. Y entonces la conversación se desvió a otros temas.

Cuando terminó la reunión, Hitler estrechó las manos con el clérigo y Niemoeller se dio cuenta de que esa sería su última oportunidad para hablar y decir lo que pensaba. Escogió con cuidado sus palabras y dijo: “Usted dice que va a encargarse del pueblo alemán. Pero también nosotros como cristianos y hombres de iglesia tenemos una responsabilidad hacia el

pueblo alemán. Esa responsabilidad nos la confió Dios y ni usted ni nadie más en este mundo tiene el poder de quitárnosla”.² Hitler se dio la vuelta sin decir palabra.

Esa misma noche, ocho hombres de la Gestapo registraron la rectoría de Niemoeller buscando material incriminatorio. Unos días después estalló una bomba casera en el recinto. Fue interesante que la policía llegara a la escena, aunque nadie la llamó. Esas amenazas fueron más fáciles de sobrellevar para Niemoeller que las críticas que recibió de sus colegas por haber hablado tan ásperamente a Hitler. Estaba claro que la mayoría del clero había adoptado una actitud de que lo más importante era su seguridad. Más de dos mil pastores que habían apoyado a Niemoeller y a Bonhoeffer les retiraron su apoyo. Creían que su mejor estrategia era mantener la paz; pensaban que si permanecían en silencio podían vivir con la intrusión de Hitler en los asuntos y políticas de la iglesia.

Póngase en sus zapatos Y pregúntese: ¿qué habría hecho yo?

Por favor lea este relato de un testigo sobre cómo reaccionaron algunos de los miembros de la iglesia ante el nazismo de su época. Póngase en sus zapatos y pregúntese: ¿qué habría hecho *yo*?

Viví en Alemania durante el Holocausto nazi. Me consideraba cristiano. Escuché historias de lo que estaba sucediendo con los judíos, pero tratábamos de alejarnos de todo ello porque, ¿qué podíamos hacer para evitarlo?

Detrás de nuestra pequeña iglesia corría la línea del tren y cada domingo por la mañana escuchábamos el silbido a la distancia seguido del ruido de las ruedas sobre las líneas del tren. Nos perturbaba el sonido de los gritos que provenían del tren al pasar. ¡Sabíamos que se trataba de judíos que eran llevados como ganado en los vagones!

Semana tras semana escuchábamos el silbido. Temíamos escuchar el sonido de las ruedas, porque sabíamos que escucharíamos el clamor de los judíos que iban camino a los campos de la muerte. Sus gritos nos atormentaban.

Ya sabíamos la hora en que pasaría el tren, así que cuando escuchábamos el silbido, comenzábamos a cantar himnos. Cuando pasaba el tren entonces cantábamos con toda la fuerza de nuestros pulmones. Si escuchábamos gritos cantábamos más fuerte y entonces dejábamos de escucharlos.

Han pasado los años y nadie habla del tema. Pero todavía puedo escuchar ese silbido en mis sueños. Dios per-

dóname; perdónanos a todos los que nos llamábamos cristianos y aun así no hicimos nada para detenerlos.³

No deberíamos criticar demasiado a la iglesia alemana. ¿Qué habríamos hecho nosotros al enfrentar tales abusos? ¿Qué debemos hacer cuando la política del Estado es malévola? ¿Qué tren está pasando cerca de nosotros cuyo silbido ignoramos? No es fácil dar respuestas. Sin embargo, la pregunta sigue siendo relevante el día de hoy como lo fue entonces: *¿Cuál es el papel de la iglesia frente a los gobiernos que de manera consciente han sacado a Dios de su política?* ¿Estaba Hitler en lo correcto cuando le dijo a Niemoeller que él debía limitarse a cuidar de la iglesia mientras que él (Hitler) asumía la responsabilidad de cuidar del pueblo alemán? ¿O estaba Niemoller en lo correcto cuando insistió que la iglesia también tenía una responsabilidad por todo el pueblo alemán?

Hitler respondió a la oposición de la iglesia de la misma manera que todo gobierno hostil responde a quienes están en desacuerdo con él: crea una serie de nuevas leyes y luego acusa a los pastores y líderes eclesiásticos de violarlas. Según ellos, Dios tiene que salir de la política gubernamental de una forma u otra, y ser expulsado de la esfera pública. La voz de los cristianos valientes debe silenciarse. *Dios tiene que salir para dar paso a las políticas nacionales socialistas.*

Niemoeller fue encarcelado por lo que hoy llamamos un “discurso de odio”, porque se atrevió a criticar al régimen dentro de su iglesia. De manera específica, los argumentos en su contra fueron “abuso de púlpito” y hablar “haciendo críticas maliciosas y provocadoras... de tipo calculador, para minar la confianza del pueblo en sus líderes políticos”. Se había involucrado en temas que “eran asuntos que solo le concernían al Estado”.⁴ Violó la nueva ley de la “prevención de ataques traicioneros contra el Estado y el partido”. Su crimen fue simplemente predicar lo que creía que su gente debía escuchar y por hablar en voz alta fue sentenciado a prisión y luego lo confinaron a un campo de concentración y terminó en Dachau, en donde permaneció hasta que fue liberado por las tropas aliadas.

Hitler siempre dijo que la mejor manera de conquistar a sus enemigos era dividiéndolos. Animó a un movimiento al que llamó simplemente “creyentes en Dios” (estaba dispuesto a usar la palabra *Dios* siempre y cuando fuera un vocablo carente de todo significado esencial), una política diseñada para persuadir a los individuos a que salieran de las iglesias. El punto de venta era que había una alternativa a la iglesia; el Estado podía tener una ceremonia para dedicar a los infantes; el Estado podía tener su propio feriado sin la necesidad de celebrar las fiestas cristianas. Los matrimonios podían ser realizados por el Estado para quien así lo deseara. Con frecuencia se invocaba a la madre tierra y al padre cielo para dar bendiciones

sobre la pareja hasta que cumplieran su destino. De la misma manera, los proponentes de los matrimonios del mismo sexo dicen que se puede celebrar un matrimonio sin la bendición de un cuerpo eclesiástico; puede realizarse simplemente como un acto secular apartado de la presencia religiosa.

Así fue como se impuso el secularismo sobre el pueblo alemán. El papel de la iglesia se minimizó al privatizar la fe e instituir leyes acerca de lo que se podía decir o no desde el púlpito. A los líderes religiosos que se opusieron a la aplanadora secular, se les intimidó por medio de amenazas hacia ellos y sus familias. Ya que se quitó a Dios y a la religión del gobierno, los valores socialistas de Hitler llenaron el vacío. La iglesia poco a poco se convirtió en la enemiga del Estado.

No olvide que todo esto sucedió usando las palabras estratégicas de *libertad, paz y justicia*. Se le aseguró al pueblo que estos cambios se hacían teniendo como prioridad sus mejores intereses. El mayor bien de Alemania eclipsó las libertades individuales y el derecho a la oposición. Se esperaba que todo mundo estuviera en sintonía con los valores y las metas aceptados por la cultura. Los que se opusieran al régimen pagarían el precio.

¿Hacia dónde se dirige nuestra nación?

Aquí en nuestra nación, donde la Constitución claramente garantiza la libertad de expresión, podríamos pensar que la Alemania nazi tiene muy poco que enseñarnos acerca de un

Estado secular. Si usted piensa que ese es el caso, vuélvalo a meditar. Cuando se rechaza la verdad en la esfera pública, el estado, o se inclina a tener una cierta semblanza de ley natural o más probablemente se inclina a las mentiras. Los valores seculares se impondrán sobre la sociedad y todo se hará en el nombre de la “libertad”.

Nuestros planificadores sociales que se dedican a reformar la nación según los valores puramente humanistas, están de acuerdo con Hitler en que Dios y la religión deben erradicarse del gobierno. En Estados Unidos, La Unión Americana de Libertades Civiles (ACLU por sus siglas en inglés) cree que Dios debe separarse no solamente del gobierno, sino de toda esfera de la vida norteamericana. La religión, y particularmente la cristiana, deben eliminarse del gobierno, de la ley, de la educación y de los centros de trabajo.⁵

Una vez que la así llamada esfera pública está libre de cualquier vestigio de valores religiosos, ese vacío se llena con valores seculares: el poco valor que se le da a la vida humana (aborto y eutanasia), la promoción de toda forma de inmoralidad (incluyendo matrimonios homosexuales) y la sexualización de los niños en la escuela (a menudo usando la pornografía y ridiculizando los valores tradicionales). Este secularismo no es neutral, religiosamente hablando, sino que se impone en la sociedad como el único punto de vista válido. Así que se hacen iniciativas de ley para evitar que haya oposición efec-

tiva contra esos cambios, para que el secularismo reine con supremacía. Las libertades que anteriormente eran parte de nuestra historia, nos las pueden quitar puesto que se ha designado que la religión es algo “privado”, lo que significa que se ha vuelto “irrelevante” e “impotente”.

Así como Alemania convirtió las fiestas cristianas en paganas, de la misma manera hemos sido testigos de la remoción sistemática de los símbolos religiosos de los lugares públicos. Primero eran las cruces en los árboles de navidad y luego los mismos árboles de navidad fueron el punto de controversia. Durante la época de la celebración en las escuelas públicas, muy pocos hacen referencia a la Navidad en sus fiestas. Ahora usan frases como el “programa de invierno” o “fiestas de invierno”. Después de la decisión de la junta de escuelas de renombrar el programa navideño como el programa “de invierno”, los maestros comenzaron a prohibir a sus alumnos que dijeran la palabra *Navidad* en las instalaciones escolares.⁶ La ACLU está lista para intimidar a cualquier maestro que se atreva a decirle a sus alumnos que la Navidad es una festividad religiosa. Un niño de kindergarten que estaba orando por sus alimentos recibió la reprensión de su maestra, que le dijo que eso no se permitía en la escuela.⁷ Todo esto a pesar del hecho de que hay argumentos convincentes que se pueden aducir en cuanto a que la prosperidad, libertad y generosidad de la nación encuentran sus raíces nacionales en su fe en Dios y el respeto a la Biblia como Su palabra.

**Ella respondió: “el pueblo de China
Tiene libertad de religión...
Pueden ser tan libres como
Lo deseen ¡en sus propias mentes!”**

Cuando mi familia y yo visitamos la República Socialista de China en el año 1985, le preguntamos a la guía de turistas acerca de la libertad de religión. Ella respondió: “El pueblo de China tiene libertad de religión... pueden ser tan libres como lo deseen ¡en sus propias mentes!” Así que la libertad de religión tiene una nueva definición: Somos libres para practicar nuestra religión dentro de nuestros pensamientos y quizá en una conversación privada. En nuestro país uno de los jueces principales se lamentó en la Corte, diciendo que la religión debe ser algo que se dé solamente en privado, tal como la “pornografía”.⁸

Cuando a Dios se le saca del gobierno, los valores trascendentes se reemplazan con:

- El crudo uso del poder
- El erotismo
- Reglas judiciales arbitrarias
- La moralidad del pragmatismo personal

Sin absolutos generales, la unidad de la sociedad se ve amenazada ante la fragmentación y la búsqueda de los “dere-

chos” personales. La civilidad que había caracterizado por mucho tiempo la vida se ha degenerado y menospreciado por el deseo de destruir a la oposición. Como dijo el famoso Dostoievski, cuando Dios no existe, todo es posible.

Lo correcto, políticamente hablando, ha afectado a la cultura en general y ha creado un aura de censura y un clima de temor. Hace muchos años dijo Malcolm Muggeridge: “Toda la estructura ahora se está viniendo abajo, destronando a Dios, socavando todas las seguridades. Digamos que lo más maravilloso de todo es que se está haciendo en nombre de la salud, la riqueza y la felicidad de la humanidad”.⁹ John Whitehead lo dijo así: “El nudo de la soga al cuello cada vez está más apretado alrededor del discurso religioso y sus diferentes expresiones”.¹⁰ Y sí, Muggeridge está en lo correcto, todo esto se está haciendo en nombre de la salud, riqueza y felicidad (y debemos añadir la *igualdad*) ¡de toda la humanidad!

Hace algunos años la legislación por los crímenes de odio fue aprobada en el Senado de los Estados Unidos y en la Cámara de Representantes. Aunque la versión del senado contenía la exención de las instituciones religiosas, el lenguaje de esta excepción especial se debilitó cuando se reconcilió con la versión que pasó la Cámara. El hecho es que estamos avanzando por un camino peligroso, puesto que los “crímenes de odio” se están vinculando con el “discurso de odio” y, por lo tanto, se restringen los derechos que otorga el primer

artículo de la Constitución. Así que cierta clase de personas reciben un trato especial bajo la ley. Después de los “*crímenes de odio*”, el siguiente paso que darán las Cortes será perseguir a quienes se consideren culpables de “*discursos de odio*”, lo cual fue llamado “terrorismo doméstico” por uno de los senadores. Así que lo que pensamos y lo que decimos está bajo escrutinio, y podemos ser perseguidos por ello. Cuando hablamos de discursos de odio significa lo mismo que en la Alemania nazi: *simplemente se trata de dar una opinión que el gobierno piense que no debe expresarse.*

No debe sorprendernos que la comunidad musulmana apoye la legislación del discurso de odio. Los ciudadanos británicos están debatiendo acaloradamente temas del “discurso de odio” contra los musulmanes. En la mayoría de países de Europa ya han perdido la libertad de criticar al islamismo. Dada la exagerada respuesta que hubo por la controversia de la caricatura de hace unos cuantos años (cuando más de cien personas murieron en las manifestaciones) y dadas las leyes contra el discurso de odio, los europeos están paralizados y ya no pueden decir lo que piensan sobre temas que son importantes para su futuro. Regresaremos a este tema en un capítulo más adelante.

Hace más de una década John Whitehead observó, hablando de Norteamérica: “Los ciudadanos cada vez se sienten más impotentes para actuar. Ciertamente los gobiernos

modernos se han constituido en una peor amenaza que los anteriores, porque el gobierno se ha vuelto más dominante. El estado de bienestar moderno controla más y más la totalidad de la vida, a menudo en respuesta a las demandas de sus ciudadanos para que lo hagan”.¹¹ Si eso ya era una realidad hace una década, piense en cuánta relevancia ha adquirido el tema el día de hoy.

Cuanto más siga el Estado violando las libertades, la “esfera” espiritual seguirá encogiéndose, y nuestras libertades poco a poco se irán restringiendo. El estatismo es la creencia de que no hay ningún poder por encima del Estado, al cual debemos someternos y siempre trabaja hacia la disminución de las garantías individuales. Ninguno puede correr y esconderse. Alguien dijo que el “estatismo es el becerro de oro de la era moderna”.

Nuestro escalofriante futuro

¿Qué podemos esperar en el futuro?

Aquí en nuestra nación probablemente no tendremos una revolución de la noche a la mañana que culminará con el totalitarismo, pero tal como lo predijo Whitehead: “Más bien, la tendencia actual del gobierno, los medios de comunicación y la educación pública controlada por el Estado persigue un mayor control y manipulación de los ciudadanos individuales”.¹² El día de hoy nuestro gobierno tiene las herramientas de manipulación como el mundo jamás las

había conocido antes, desde los recursos de comunicación masiva hasta las burocracias computarizadas impersonales y la capacidad de nacionalizar bancos y empresas.

Whitehead escribió también: “Los medios de comunicación hacen más que afectar la opinión pública, *alteran la conciencia y la cosmovisión de generaciones enteras*”.¹³ Todo esto nos será impuesto con el recordatorio de que es por nuestro bien, para beneficiar a la mayoría, y que se hace en nombre de la “libertad” y la “justicia”, y claro, de la “tolerancia”. C.S. Lewis fue profeta cuando escribió:

*De todas las tiranías, la tiranía que se ejerce con sinceridad por el bien de sus víctimas podría ser la más opresiva... Los que nos atormentan por nuestro propio bien nos atormentarán sin fin porque lo hacen con la aprobación de su propia conciencia... Sin embargo, en realidad debemos enfrentar la posibilidad de malos gobernantes armados con la teoría humanitaria del castigo... Ya sabemos que una escuela de sicología ya considera la religión como una neurosis. Cuando esta neurosis en particular llega a ser un inconveniente para el gobierno, ¿qué impedirá que el gobierno proceda a “curarlo”? Tal “cura” por supuesto será la erradicación; pero bajo la teoría humanitaria no se le dará el nombre impactante de persecución.*¹⁴

¿Cuándo toleramos la reducción de nuestras libertades, Y, en qué punto debemos hablar y actuar?

Hace un tiempo leí un encabezado que decía: “Los directores de una escuela y del programa de atletismo de Florida podrían ir a la cárcel por orar antes de la comida en la escuela”.

La noticia leía así: “Un director del departamento de atletismo podría ser acusado de cometer crímenes y pasar seis meses en la cárcel después de haber orado por su comida en un evento escolar, reportó el *Washington Times*... Se les acusa de violar los términos de un acuerdo que se logró el año pasado con la Unión de Libertades Civiles de América (ACLU), según el *Times*”.¹⁵

Podemos esperar muchos encabezados como ese en el futuro. Debemos seguir pensando que el primer artículo de la Constitución no tenía la intención de que los ateos y agnósticos tuvieran el poder del voto sobre todos los que creen en Dios.¹⁶ Necesitamos desarrollar una “teología de desobediencia civil”; es decir, tenemos que pensar en esta pregunta: ¿Hasta cuándo toleraremos la reducción de nuestras libertades y en qué punto debemos hablar y actuar? Claro que eso está más allá del alcance de este libro. Pero no nos hemos

quedado sin dirección, porque hombres como Niemoeller nos han mostrado el camino a seguir.

Del corazón de Niemoeller

Niemoeller tiene una palabra para nosotros que vivimos en esta nación. Claro que él estaba pensando en su propia iglesia y en el pueblo de Alemania cuando dijo estas palabras, pero también son para nosotros hoy. En el año 1934 colocó el púlpito de su iglesia en un suburbio de Berlín en Dahlem y declaró de manera profética el propósito de Dios en las pruebas que enfrentaba la iglesia alemana:

Todos nosotros, toda la iglesia y toda la comunidad, hemos sido lanzados al cernidor del tentador y nos está zarandeando y el viento está soplando, y ahora es cuando debe manifestarse si somos trigo o tamo! A la verdad nos ha llegado la hora de tamizarnos y aun los más indolentes y pacíficos entre nosotros deben ver que la calma del cristianismo contemplativo ha llegado a su fin...

Ahora es la primavera para la iglesia cristiana esperanzada y expectante, es tiempo de prueba y Dios le ha dado a Satanás mano libre para que nos zarandee y para que se demuestre ¡qué tipo de personas somos!...

Satanás sacude su cernidor y el cristianismo va de aquí para allá para ser tamizado; y el que no está listo para

sufrir, el que se llama cristiano solo porque pensaba tener alguna ganancia para sí en su carrera y en su nación, será llevado como tamo que arrebató el viento del tiempo.¹⁷

Así es, Dios está separando el trigo del tamo! Este no es tiempo para dudar, sino para aceptar nuestro rol como cristianos con gozo en esta sociedad. Sí, con cada desafío a nuestras libertades tenemos una oportunidad más para probar nuestro amor por Cristo y el evangelio. Bonhoeffer estaba en lo correcto cuando dijo que jamás seremos una iglesia victoriosa hasta que veamos el sufrimiento como un *don* divino. “Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él” (Filipenses 1:29). Dios envía persecución para purificar a la iglesia y para aguzar su testimonio cristiano.

Es tiempo de releer la epístola del Nuevo Testamento de 1 Pedro, escrita específicamente a creyentes que se encontraban en una cultura hostil y pagana. No tenían representantes en el gobierno para que defendieran su causa; no tenían poder para “votar para que saquen a los ineptos” como ahora lo tenemos en la nación. No tenían Cortes que les otorgaran un juicio justo. Solo había persecución, intimidación y privación. Y en ocasiones hasta la muerte.

Pedro les escribió: “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña

os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado” (1 Pedro 4:12-14).

**No vamos a ganar estas batallas
Simplemente desde la política
Ni con discusiones
(Aunque ésta es importante)**

Cuando confrontemos estos nuevos desafíos seremos tentados a hacer lo incorrecto, es decir, reaccionar con ira vengadora que solamente unirá a los que se encuentran en el otro lado de esta guerra cultural. Debemos hacer exactamente lo opuesto: responder con humildad, amor y valor lleno de gracia. No vamos a ganar estas batallas simplemente desde la política (aunque ésta es importante) ni con discusiones. Todo cristiano debe recuperar un terreno más alto con credibilidad, simpatía y sí, también con gozo. Debemos estar en nuestro terreno dando gracias a Dios, aun cuando el cernidor esté bajo nuestros pies. *No debemos dar al César lo que es de Dios.*

Niemoeller estaba en lo correcto: estamos siendo zaran-deados para separar el trigo del tamo. Sea en la Alemania nazi o en cualquier nación, los creyentes no pueden escoger permanecer en silencio bajo el pretexto de predicar el evangelio. Por supuesto que compartir el evangelio es nuestra responsabilidad principal, puesto que solamente la cruz de Cristo puede transformar el corazón humano. Pero una vez que hemos recibido el don de la salvación a través de Cristo, debemos vivir las implicaciones de la cruz en todas las áreas de nuestra vida. Debemos estar preparados para someternos al señorío de Cristo en todas las “esferas”.

Debemos responder a nuestros propios desafíos en múltiples niveles. Debemos basar nuestra civilidad en nuestra historia y en lo que está sucediendo ahora mismo en nuestro gobierno, las Cortes y las escuelas. Debemos hacer nuestra tarea investigando lo que creen nuestros políticos acerca de estos temas y estar seguros de que votamos por los que son más compatibles con nuestros valores.

También debemos apoyar a las organizaciones que están trabajando para preservar nuestras libertades, tal como los National Religious Broadcasters (Radiodifusores Religiosos Nacionales de Washington (www.nrb.org) en Estados Unidos que se dedica a mantener los canales de los medios de comunicación libres de la interferencia gubernamental para la proclamación del evangelio.

Finalmente, debemos fortalecer a los creyentes individuales en nuestras iglesias para los días amenazantes que se acercan. Como ya lo he mencionado, el futuro de la nación no solo descansa en la política, sino en el fervor del pueblo de Dios para compartir su fe como testigos creíbles de Cristo que los salvó. A menos que cambie la cultura, la nación no cambiará. Y ese cambio solamente se dará en una vida, una familia y una comunidad a la vez.

